

El Cerro de la Merced: Arqueología e Historia de un palacio ibero

Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid)
Antonio Moreno Rosa (Director del Museo Arqueológico de Cabra)

El Cerro de la Merced... El tiempo geológico, el paso de millones de años y titánicos movimientos orogénicos, y la erosión y la sedimentación, lentas pero inagotables, han con-



figurado un pequeño cerro de forma casi perfectamente cónica, poco elevado sobre el terreno circundante, pero muy visible para el viajero que recorre la ruta milenaria entre Priego, Carcabuey y Cabra, en cualquiera de los sentidos. La base del cerro es piedra carniola, una roca sedimentaria, porosa y apta para una construcción tosca pero eficaz de grandes bloques. A pocos cientos de metros, enfrente de Los Pelaos, la torturada geología de la zona

hace aflorar calizas nodulosas, llenas de fósiles, que son aptas para extraer grandes lajas planas de piedra quebradiza. Son canteras naturales disponibles para quien desee aprovecharlas con su esfuerzo e industria.

El Cerro de la Merced..., es también llamado con nombre evocador como 'cerro Tinajas', e incluso, erróneamente, como 'de Jarcas', por el macizo mucho más elevado y masivo que se alza justo al sureste. Cuentan leyendas locales que fue un cerro artificial, como una pirámide, invención debida sin duda a la regularidad de sus formas, y quizá a las ruinas que coronan su cima, visibles desde tiempo inmemorial. Una pequeña cueva artificial en su ladera sur, hoy parcialmente derrumbada y peligrosa incluso para los espeleólogos, ha alimentado también viejas historias de tesoros y cámaras escondidas.

Situado las afueras de Cabra y sobre el paso natural que une, por el paso del Mojón y Santa Rita, la Campiña de suaves lomas que se van abriendo hacia el Guadalquivir, y la depresión Priego-Alcaudete, ya en el entorno de las sierras subbéticas, el Cerro de la Merced es un hito comarcal de larga, atormentada y hermosa historia.

La ocupación prehistórica

Ya en la Prehistoria que llamamos reciente, en la Edad del Bronce, quizá hace unos tres mil quinientos años, la vecina ladera del macizo de Jarcas, frente por frente de la Merced, albergó un poblado fortificado. A sus pies, la geología caliza de la zona creó manantiales, como la Fuente de Jarcas que hoy todavía nos proporciona agua fresca. A los pies del Cerro

cha más agua que hoy, y que proporcionaría a los habitantes prehistóricos no solo el líquido elemento, sino vegetación de



ribera adecuada para la construcción, y atraería animales que pudieran ser cazados.

A esa Edad del Bronce corresponde la primera población conocida del Cerro de la Merced, documentada en las excavaciones que llevamos a cabo desde 2012 por escasos restos, entre ellos algún cuchillito de cobre, láminas de sílex tallado y escasos fragmentos de cerámica a mano. Pero la verdadera entidad de este hábitat prehistórico, quizá mero reflejo del más importante del cerro de Jarcas, ha quedado literalmente borrada por los dramáticos acontecimientos posteriores.

El primer monumento conmemorativo ibérico

En un momento todavía no bien precisado de los siglos IV-III a.C., cuando la Cultura Ibérica alcanzaba su máximo esplendor, todavía no dominada por los intereses comerciales y



los ejércitos de Cartago y de Roma, se construyó en la cima del cerro un gran monumento de piedra tallada. Probablemente se ubicó algo desplazado, mirando a la ladera Sur y al arroyo, que fue antiguamente el verdadero camino natural hacia

dra carniola local, tallados para formar un tipo de cornisa de influencia oriental que llamamos 'de gola'; un ejemplar está ya expuesto en el Museo de Cabra. El monumento tenía también una parte construida con sillares de piedra de grano fino, decorados con frisos de ovas y motivos vegetales estilizados, espirales y zarcillos, de un modelo que tiene paralelos en Andalucía, en sitios como Baena o Cástulo.

Esta construcción, impulsada sin duda por un aristócrata, y de carácter fuertemente escenográfico, visible desde el valle, debió ser conmemorativa u honorífica antes que funeraria.

Es probable que dicho monumento escultórico se acompañara de un edificio de planta cuadrada, de unos dieciséis metros de lado y con una puerta que miraría al sol naciente, que todavía hoy ilumina al amanecer las ruinas que excavamos.



muro del recinto anterior. Al exterior, el masivo zócalo de piedras ciclópeas se remataba, hasta los cinco metros de altura, con una piel de sillarejos de piedra carniola, que cubría una musculatura de adobes de arcilla.

Una cuidada estructura interna diseñaba una planta compleja pero muy simétrica y regular, a la que se accedía por un vestíbulo enlosado con grandes lajas de piedra, cuyos muros escondían un viejo escudo, empotrado y oculto en el muro quizá como ofrenda y símbolo de protección del edificio. Los bloques de piedra del antiguo monumento se reutilizaron a menudo para construir los muros del nuevo y grandioso edificio. Varias salas estaban enlosadas con lajas de piedra de enorme tamaño, de hasta más de metro y medio de longitud. Una de ellas, en una esquina al fondo del edificio, sin ventanas y con una estrecha puerta de solamente medio metro de ancho, fue quizá

una capilla de culto.

Dos de las salas, quizá patios al aire libre, albergaban grandes molinos rotatorios de piedra, testimonio de una actividad económica que también se desarrollaba en este complejo, como también testimonian las pesas de telar y fusayolas, restos de actividad textil.



Lo que hoy es visible es en realidad la planta baja. Probablemente la planta noble fuera la superior, cuya existencia es indudable no solo por el arranque de un bloque de escalera, -que sería en parte de madera- a la derecha del vestíbulo, sino porque los muros conservados hasta casi cuatro metros de altura conservan los mechinales,

huecos practicados a intervalos regulares para sostener las vigas del suelo de esa planta superior.

Este monumental edificio, masivo y bien visible desde el llano, se completaba hacia la ladera sur con una gran terraza de la misma longitud, de unos diez metros de ancho y sujeta en su parte baja por otro gran zócalo ciclópeo de las mismas características que el del recinto principal.

Al este, esta terraza remataba en una escalinata monumental de lajas de piedra, sin fortificar, que ascendía hacia la fachada del edificio principal, orientada como se ha dicho hacia el este. El efecto original debía ser apabullante.

Los materiales recuperados en la excavación de este complejo monumental son típicamente ibéricos, y no muestran huellas de presencia romana alguna.



Ruina y nuevo esplendor.

Todo pasa, sin embargo, y en los últimos años del s. II a.C. todo había cambiado. A lo largo de esa centuria una gran potencia, Roma, había derrotado a Cartago y a Aníbal hacia el 200 a.C., conquistando la 'esfera de influencia' cartaginesa en el Sur de Iberia.

En el valle del Guadalquivir, Roma había ocupado las tierras fértiles y llanas de la Vega y la Campiña; fundaba colonias y refundaba ciudades, aprovechaba las vías fluviales y explotaba las minas de plata de Cástulo, en Jaén. Durante unas décadas, a lo largo del siglo II a.C., extendió poco a poco su poder y su influencia hacia las zonas montañosas de la Subbética. Hacia el 141 a.C. hizo un escarmiento ejemplar con la población ibérica que hoy conocemos como el 'Cerro de la Cruz', en Almedinilla, quizá porque sus habitantes habían apoyado al rebelde Viriato, que se había establecido en la cercana población de Martos.

Pero, con todo, los príncipes y nobles iberos que aceptaban la autoridad de Roma mantenían en estas tierras ásperas y marginales su independencia y sus formas de vida tradicional. Posiblemente fue uno de estos nobles locales quien decidió, hacia fines del s. II o principios del s. I a.C., construir, en el cerro donde se había alzado un viejo monumento ahora arruinado, un edificio residencial monumental y fortificado, expresión de su orgullo y su poder. Así, alzó en breve tiempo un masivo bloque cuadrado de

diciones ancestrales. Quizá este mismo noble apostó por el bando equivocado en las guerras civiles romanas que asolaron también Hispania a lo largo del siglo I a.C.: las guerras sertorianas hacia el 75 a.C.; la lucha entre Pompeyo y César hacia el 50 a.C. ... quién sabe.



Lo cierto es que la orden fatal llegó: el complejo fue desalajado y, aunque no fue incendiado ni sistemáticamente demolido (hubiera sido tarea de titanes), las cuatro esquinas del edificio principal, masivas y solidísimas, fueron desmontadas y arrasadas, inutilizando el edificio como posible fortaleza. Sólo los romanos en esta época tenían la capacidad y voluntad de proceder a un trabajo tan científico de demolición. Todo indica que a partir de entonces, quizá entre el 100 y el 70 a.C., quizá algo más tarde, el complejo dejó de funcionar como tal recinto aristocrático.

Okupación y abandono...

Con este triste final no culminó, sin embargo, la historia del Cerro de la Merced. Algunos habitantes ibéricos ocuparon durante un tiempo los restos, parcialmente utilizables, saqueando sus pavimentos y muros, y viviendo en una modesta condición. Poco a poco el edificio ruinoso fue abandonado, y así permaneció durante siglos. A sus pies, con el tiempo, pero no en la cima, surgió una ocupación romana, quizá de carácter industrial modesto. Y las crónicas decimonónicas nos hablan de la aparición de algunas tumbas en las cercanías, pero no hay resto romano alguno en toda la cima del Cerro.

Pasó así casi un milenio, y solo en época emiral islámica, quizá en la era confusa de la revuelta contra Córdoba de Ibn Hafsun y sus montañeses, a principios del s. X d.C., se construyó un pequeño refugio o modesta atalaya en la cima. Su objetivo probablemente fuera avisar a los habitantes de Cabra de las razzias y depredaciones procedentes, a través del collado de Santa Rita, de la vecina y enemiga Madinat Baguh, la actual Priego. Luego el Cerro de la Merced cayó en el abandono... aunque no en el olvido.

Depredaciones y saqueos

Las monumentales y masivas ruinas de la etapa ibérica del Cerro de la Merced, cuyos edificios todavía en parte debían alzarse desafiantes al paso del tiempo, resultaron atractivos para buscadores de tesoros ya en el s. XVII.

Grandes trincheras de saqueo perforaron la cima del cerro en ese siglo, llegando hasta los pavimentos de losas y los muros del edificio principal. Una moneda con resellos de los Aus-

occidental. Buena parte de lo que pudiera existir en la planta baja debió de ser saqueado en este periodo, aunque interesantes materiales ibéricos permanecieron entre los escombros del derrumbe de la segunda planta, donde han permanecido hasta que los hemos hallado en la actualidad.

Todavía en el s. XX el Cerro de la Merced sufrió nuevas excavaciones clandestinas, rebuscas y hoyos a distinta escala, que hemos podido ir saneando a medida que excavábamos y encontrábamos fragmentos de botellas de cerveza El Aguila, latas de sardinas corroídas y, por supuesto, cartuchos de caza.

Una nueva vida para el Cerro de la Merced

La Historia ha proporcionado, sin embargo, una nueva oportunidad para nuestras torturadas ruinas. A iniciativa del Ayuntamiento de Cabra, que adquirió hace años los terrenos donde se alza el cerro, se firmó un convenio entre esa entidad municipal y un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, que tenía larga experiencia en la Arqueología ibérica de la región. Mediante ese convenio, en 2012 se iniciaron campañas de excavaciones a buena escala en La Merced, que se han prolongado durante cuatro años, hasta 2015. En ese tiempo, los trabajos se han integrado en un Proyecto de Investigación de Excelencia del Ministerio de Economía y Competitividad, poniendo La Merced en la luz de los más avanzados estudios científicos.

La historia que aquí hemos narrado es todavía una reconstrucción provisional, basada en unos trabajos todavía en curso, pero se basa en una cuidadosa investigación arqueológica,



sobria y fundamentada, aunque el estudio a fondo, que ahora comienza, puede variar la interpretación en algunos puntos, lo que forma parte de la naturaleza misma del trabajo del arqueólogo, o de cualquier investigador.

El objetivo de los trabajos, evidentemente, no es sólo el conocimiento por sí mismo de nuestro remoto pasado, aunque esa ya sea una tarea encomiable en sí misma, sino la consolidación, restauración y puesta en valor del complejo, para disfrute de los egabrenses y de todos los visitantes interesados en un Patrimonio que es de todos.

Mientras tanto, conferencias y visitas guiadas en Aula Viva, explicaciones en las Piezas del Mes del Museo, noticias de prensa y otras actividades vienen ofreciendo al público puntual detalle de los trabajos en curso.

En pocos años, restaurado y protegido, el yacimiento será visitable y, en combinación con los materiales expuestos y explicados en el Museo Arqueológico de Cabra, se convertirá sin duda en punto de visita obligado para todos los interesados en